

mas, y de poner en nuestras manos la llave de los arcanos de la palabra en su desarrollo sistemático á través de los tiempos, permitiéndonos descubrir el hilo conductor que nos lleve á establecer científicamente las relaciones que existen entre otros grupos de lenguas, y que han permanecido por tanto tiempo ignoradas. En ella, finalmente, no sólo se nos ofrecen, más que en ninguna otra clase de lenguas, los monumentos durables de la palabra antigua, con variedades múltiples, que permiten seguir sus evoluciones, sino que el estado actual de los idiomas que la constituyen, ofrecen un cuadro vivo de formas *aglutinantes*, *flecivas*, y aun *monosilábicas*, y

---

berían estar representadas por puntos en el espacio, incomparablemente más difícil hubiera sido en otra familia de lenguas. Por todo ello, es irracional pedir á la Filología comparada que prescindiera del tipo indo-europeo en sus investigaciones generales, y que proceda por otras sendas que las que ha seguido. Sería esto condenarla á una muerte cierta y sacrificar en aras de un sincretismo injustificable, las más legítimas conquistas de dicha ciencia, de las cuales, unas sin duda, no deben traspasar los límites de la familia ariá donde han nacido, pero otras pueden con todo derecho ser aplicadas en las inquisiciones científicas de los demás idiomas, como se ha hecho y se hace para llegar á las conclusiones que alcanzamos.

Digase lo mismo del *ídolo* de los centros primitivos. Entendidos éstos de una manera sistemática y absorbente como sucedió con los antiguos partidarios del hebraísmo originario, conduce á las exageraciones é inexactitudes que ellos han sostenido. Obtenido por el examen comparado el tipo común de varias lenguas, y ampliado éste por la comparación y análisis ulterior, hasta hallar centros de amplitud reconocida, no puede negarse que revisten toda la verdad que tienen las lenguas mismas comparadas. El mismo Sayce, para ser lógico con sus aserciones, debiera renunciar á admitir una *familia indo-europea*, y una *familia semítica*, y negar la posibilidad de hallar parentesco alguno entre las lenguas; porque dados los centros que de aquí resultan, no será jamás admisible lógicamente que se rehuse el derecho á ulteriores investigaciones, y que se reduzca á un mito todo centro de mayor extensión y alcance, constituido sobre los existentes.

En cuanto á las influencias religiosas á que atribuye Sayce el empeño de *centralización* (como Hovelacque y demás positivistas), basta observar que en manera alguna resulta ninguna verdad bíblica comprometida con la no reductibilidad de las lenguas, y que este punto puede discutirse tan libremente dentro de la ortodoxia como fuera de ella.

resume en cierta manera los procedimientos de formación y transformación de que son capaces las demás lenguas.

Por todo esto, y porque dicha familia lingüística representa todo un conjunto de civilizaciones y de obras literarias del más subido valor, viene naturalmente á colocarse á la cabeza de los estudios comparados, y los filólogos y glotólogos vense obligados á estar de una manera especial atentos á observar sus transformaciones y formular las conclusiones á que éstas conducen, aunque no todos sus fenómenos y conclusiones puedan decirse comunes á todos los grupos lingüísticos existentes. «Acusar á los filólogos, dice á nuestro propósito Whitney, de haber cultivado particularmente hasta ahora el estudio de las lenguas indo-europeas, es completamente irracional. Es como si se le reprochase á los historiadores de haberse ocupado en particular de la civilización europea y de sus orígenes; no lo es menos acusar á los lingüistas cuando convierten su atención á las lenguas extinguidas y casi olvidadas, y pretender que las lenguas vivas, los dialectos hablados hoy, son el verdadero y fértil campo de los estudios lingüísticos. Es desconocer el carácter de estos estudios desde el punto de vista de la ciencia de la historia; es olvidar que los hechos presentes no pueden explicarse más que por hechos pasados y que el recuerdo del antiguo estado de cosas aclara el nuevo estado de ellas... El estudio minucioso de las costumbres, de las instituciones... de los pueblos incultos era no há mucho, asunto de mera curiosidad; lo que le ha dado una importancia seria, es el análisis del desenvolvimiento histórico de la civilización. Era inútil observar las nebulosas mientras que la astronomía y la geología no habían venido á advertirnos, por la constitución y la historia de nuestro sistema solar, como deben interpretarse los hechos observados.»

La historia, pues, de las lenguas indo-europeas vino á ponernos en camino para la investigación científica de otros idiomas extraños á ella. Nos hizo llegar á la conclusión de que las lenguas pueden reducirse á un centro común, á un dialecto único al cual hubieran de pertenecer un día multitud de idiomas que á primera vista se creyeran inconciliables, como se ve en la gran variedad de las lenguas arias, ramas todas de un centro único y de un lenguaje de una sociedad muy limi-



tada. Hizo fijar el método de investigación comparada, por el cual pueda llegarse á estudiar la cronología de las formas gramaticales; hallar en la teoría de las raíces, de la aglutinación y de la flexión medios aptos para aquilatar la estructura lingüística universal; observar los movimientos fonéticos, morfológicos y psicológicos más comunes de los idiomas; clasificar científicamente los primeros constitutivos de la palabra, del lenguaje y de la gramática; ver las influencias generales, cuya acción se refleja en la vida de las lenguas, y establecer con todo ello principios etimológicos que permiten augurar conquistas en los dominios de otras familias glotológicas, análogas á las que se alcanzaron en la familia aria.

Un problema largamente agitado por filólogos y antropólogos se nos ofrece desde luego al ocuparnos de la familia lingüística indo-europea, relativo á los orígenes de los arios, la región primera por ellos ocupada y época de su aparición (1).

(1) Comiézase en esto por discutir el nombre mismo de los arios, de muy varia significación. *Arya* en el sánscrito moderno equivale á *noble, distinguido*; en el antiguo y en los himnos védicos aparece como nombre nacional y con carácter religioso; luego designó también las castas de los *brahmanes, kshatrys* y *vaisyu* contraponiéndose á la de los *sudra*. En las leyes de Manú la India es llamada *Arya-avarta*, ó habitación de los arias. En zend dicha palabra se modifica en *airya*, que significa, *fiel, venerable, legal*, sirviendo también como designación del pueblo. De *Airyana* procede el nombre Eran, eranio, que significa la región medo-persa.

La denominación *Arya* derivanla algunos de la raíz *ri*, pasar, estar de paso. Bopp la supone procedente de *ar, ir*, marchar, ó de *ark*, respetar, venerar. Max Müller, que se opone á las etimologías de Bopp, se atiene á la raíz *ar*, con significación de *arare*, cultivar la tierra; de donde los arios se dirían labradores, y por extensión se aplicó el nombre á la región por ellos cultivada. Juzgan esto mismo Duchinski, Monier Williams y otros. Para Pott dicha palabra equivale á *fiel* y *ortodoxo*, como piensan Roth y Boethling. Para Gorresio, debi interpretarse en sentido de *emigrante*. Haug creyó derivada la palabra *ario* de *ar* con significación de arder, quemar, y designando el hogar y la familia. Otras etimologías se han propuesto igualmente probables, sin que se haya alcanzado la seguridad en este punto. Como quiera, es lo cierto que el nombre de *arya* aparece á través del *Rig-Veda*, del *Atharva-veda* y en el *Avesta* como designación de personas y regiones, cual lo emplean entre los griegos Helánico, Damascio

Este problema, cuya solución pudiera contribuir al esclarecimiento de la constitución y fraccionamiento del tronco lingüístico ario, tiene dos aspectos, el glotológico y el antropológico, que si bien no pueden aislarse en absoluto, en manera alguna deben confundirse, cual ha acontecido, originándose así preocupaciones científicas que largo tiempo vinieron privando como verdades reconocidas.

A dos pueden reducirse las opiniones emitidas sobre el origen de los arios: una que podemos llamar la teoría clásica

y Heródoto, y lo presentan las inscripciones cuneiformes de Dario, quien se da á sí mismo el nombre de *ario*, y *descendiente de los arios*.

En Italia S. G. *Re* (*Archivio di letteratura bibl. ed. orientale*, 1879) ha indicado la idea de que la expresión *arios* significó primitivamente el concepto de *hombres* por antonomasia, pueblo ó gente viril. Y á la verdad que ni etimológica ni históricamente puede decirse esta derivación inferior á las indicadas, antes bien la creemos más verosímil que todas ellas. Obsérvese, en efecto, que un crecido número de pueblos se han designado á sí mismos con el dictado de *hombres*. Los egipcios dijéronse *retu*, y *retu* significa *los hombres*. El nombre de los *sabeos*, es el de *hombres* (etiop. *sabe*, asirio *sabu*, hombre). El de los *mardos* ó mordrinos de las orillas del Volga, significa *hombre*, de *mard*, que en persa y armeno tiene dicha significación. El de *turanios*, proviene según Oppert, de *tur*, que en acadiano significa *hombre*. Los samoyedos se denominan *ninet* ó *nienes*, *hombres*. Los *kuriles* se llaman así de *kuro* ó *kur*, *hombre*. Los ceremises, llámense *mara* ó *meria*, equivalente á *hombre*. Los zingaros se designan con el nombre de *rumi*, *romnicel* y *rumencel*, *hombre*, *hombres*. Los tonguses con el de *denki* y *donki*, *hombre*, *hombres*. Los galos y gálatas, tienen esta denominación, según Grimm, del anglo-sajón *hüle*, que significa *hombre*; el mismo origen debemos atribuir al nombre de *Galaecia*, *galaici* y *gallego*, así como al de *celta*, trasformando la *h* de la gutural *hüle* en *k* (griego *keltikee*, alemán *keltisch*, etc.) de donde el neolatino *celta*.

Lo mismo sucede en otras muchas lenguas de las diversas partes del mundo, donde el nombre de *hombres* constituye el del pueblo ó raza. Es bien conocido en este sentido el de la importante familia lingüística *Bantú*. *Bantú* significa *pueblo*, y es el plural de *umntu*, que significa *hombre*.

Refiriéndonos ahora á los arios, hállanse vestigios de esta misma significación en su nombre. En efecto, en el dialecto persa *pazend*, aparecen las voces *Irgé* ó *Trayi*, de las cuales la primera, como declara Wullers en su *Lexicon persico-latinum*, significa *hombre*, y la segunda *hombre, vir*, y *virtus*. Ahora bien, estas palabras no son otra cosa que alteración de *Arya*, *Airyá*, como reconocen el



universalmente seguida hasta poco há, y defendida por muchos todavía, que coloca en Asia el centro de la expansión del tronco indo-europeo. Otra, la que niega los orígenes asiáticos arios y traslada á Europa el asiento de este pueblo en su época prehistórica. Dentro de estas dos direcciones encontradas para la solución del punto discutido, danse no pocas divergencias parciales acerca de la localización concreta y territorio de Asia ó de Europa donde se quiere hallar la primera habitación de aquel pueblo misterioso y singular; mas para juzgar de ellas bastarán las indicaciones que vamos á hacer sobre el asunto en su general aspecto antes señalado.

Y comenzando por la opinión que coloca en Asia el centro de acción aria, hallámosla vinculada en sus orígenes á la tradicional persuasión común de la preponderancia del Oriente en todo lo que se refiere á los problemas lingüísticos y antropológicos de carácter primitivo. La idea de que la lengua de los indios era la lengua madre de toda la familia aria, la cual idea á pesar de las discretas indicaciones de J. Jones y Adelung hubo de prevalecer al principio de la comparación lingüística, contribuyó no poco á consolidar la persuasión de que del Asia provino la expansión étnica indo-europea, é hizo pensar igualmente en un núcleo antropológico único, como centro exclusivo del cual salieron por natural difusión pueblos y lenguas de estirpe ariana. La doctrina de F. Schlegel en su *Sprache u. Weisheit der Inder*, tendiendo á demostrar que como las lenguas, así los pueblos europeos eran de origen védico, á manera de una colonización india, y la que sustentó Link al

mismo Wullers y Spiegel; por consiguiente, la significación de *Arya* y *arios*, conservada en dicho antiguo dialecto, es la de *hombre*, como en los pueblos antes citados. Añádase que en *pazend*, los habitantes del Eran (*Airyana*) se llaman *Iryagham*, que es el mismo nombre alterado. Mas *Iryagham* se traduce en persa moderno por *mardaman*; y *mardaman* significa exactamente en neo-persa *hombres*, *hombres*, *virí*. Dista, pues, de ser infundada la significación que aceptamos y proponemos como más probable.

Del nombre de los arios, con criterio diverso, se ocupan extensamente Max Müller en sus *Lectures* (primera serie), Pictet en sus *Origines indo-européennes*, Burnouf en el *Comment. sur le Iagha*, Justi en su *Handbuch d. Zend*, Böhtling y Roth en el *Dict. Sanscr.*, y otros.

enseñar en su *Urwelt und Altertum* que todas las lenguas de la familia, comenzando por el mismo sánscrito, eran derivación del zend, y que, por lo tanto, de la Media y regiones confinantes provinieron las gentes de Europa, son un reflejo de aquellos equivocados conceptos sobre el carácter del parentesco de los idiomas europeos y las relaciones que deban establecerse entre éstos y el centro social de donde provienen. Al desaparecer la errónea creencia de un parentesco de *filiación*, sustituido por el *colateral* de lenguas *hermanas* en la familia indo-europea respecto de la lengua de los indios, no por eso dejaron de continuar en su influencia así la doctrina de un núcleo homogéneo como fuente de todo lenguaje ario, deducido de la homogeneidad de tipo lingüístico que se revela á través de las variantes de éste, como la del origen asiático de aquel núcleo antropológico, ya que de allí venía el sánscrito, idioma que hubo de ser centro de todo el movimiento y resultados en la comparación y descubrimiento de la gran familia glotológica á que pertenece. Largo sería é inconducente á nuestro objeto enumerar aquí los seguidores de la teoría asiática (1), así como

(1) Después de la doctrina citada de Schlegel (1808) y de la de Link (1821), aparece singularizándose en la materia Vanns Kennedy (1828) en su *Researches, etc. of the principal languages of Europa and Asia*, que juzga á los arios como pueblo venido directamente de la Mesopotamia después de la dispersión de Babel. Los partidarios de la opinión *asiática* se han dividido al señalar la región de los arios en aquel gran continente, siendo desde el principio lo más corriente el colocarla en el Asia central entre el Himalaya y el Pamir, si bien se ha acabado por prescindir de toda designación particular de territorio, dada la inseguridad de las afirmaciones, para sostener en general únicamente la importación asiática de lenguaje indo-europeo. Por dicha opinión *asiática*, si bien con divergencias sobre la localización precisa, están desde Adelung, el mayor número de filólogos y escritores. Rodhe buscaba en 1820 en el Avesta, indicios de emigración erania partiendo de la India, consignándolos en su *Die heilige Sage des Zendvolkes*; Guillermo Schlegel sostenía aquella doctrina en 1834, en su *De l'origine des Hindous*, la cual trató de confirmar Lassen con su *Indischen Altertumskunde* en 1847, y á cuyo pensamiento van asociados filólogos, como Pott, Schleicher, Misteli, etc. La opinión dicha vino á ser poderosamente robustecida en 1859 por los *Origines indo-europ.—Essai de paleont. ling.*—de Pictet, señalando la Bactriana y las regiones comprendidas entre Pamir y el Indo-Cush como cuna de los arios; parecer que



la de sus adversarios los partidarios del protoarianismo europeo, cuyo primer conocido iniciador fué H. Schulz, al asentar en su *Urgeschichte des deutschen Volkstammes*, contra la doctrina común, que «todas las tradiciones, como todos los datos históricos conocidos, dejan ver claramente que las grandes emigraciones de los pueblos no vienen de Asia á Europa, sino que van de Europa al Asia.» Idea que si por el momento no alcanzó éxito, por la falta misma de pruebas convenientes, acogida después por otros muchos, vino robusteciéndose cada vez más hasta poder competir con la arraigada primitiva creencia tradicional antes mencionada, y que como ella, hubo de fraccionarse según los diversos criterios que surgieron al tratarse de la determinación del centro expansivo ario en Europa.

Sabido es el linaje de pruebas que en favor de una ú otra

---

aceptó Muir al publicar en 1860 su *Original Sanskrit Texts*, y que en el fondo reproducen luego Hehn (*Das Salz*, 1874), Kiepert (*Lehrbuch der alten Geographie*), Van den Gheyn (*Le berceau des Aryas*, 1881), y antes de éste, si bien con algunas modificaciones, Pietrement, Williams, Lenormant, y De Ujfalvy, entre otros, quien, sin embargo, sin rechazarla en absoluto en su *Berceau des Aryas* (1884), acabó por no admitir aquella opinión. Siguen, no obstante, las corrientes tradicionales, Schewarz (*Sinfulth und Völkerwanderungen*, 1894), y en su *Turkestan, die Wiege der indo-germ. Völker*, 1900), Ratzel, *Geogr. Prüfung d. Thatsach. üb. den Ursprung der Völker Europas*, 1900), así como Lefèvre, Graebner, etc. Buena parte de los modernos partidarios del origen asiático limitanse ó á indicar en general dicha procedencia sin especificar el punto concreto, ó á señalarlo de una manera vaga en la dirección de la cultura turanio-semítica, como hacen Homel, Schmidt, Max Duncker, etc. La opinión de Fick en su *Vergl. Wörterbuch*, que señala el Turkestan como región de los arios, no ha tenido gran aceptación. Mommsen, en la *Röm. Geschichte*, vuélvese á la opinión de Vanns Kennedy antes indicada, y últimamente Sergi (*Gli Ariti in Europa e in Asia*, 1903) decidese por la derivación africana de los arios asiáticos y europeos.

La hipótesis de un origen ario-europeo, que puede decirse iniciada por Schulz (ob. cit.) en 1826, indicada por Henne (*Schweizerchronik*) en 1840, por los hermanos arqueólogos, Lindenschmit (1842 y 46), entre otros, adquirió cuerpo con las declaraciones de Latham en su edición de la *Germania* de Tácito (1851), y en sus *Elements of comparative philology* (1862). Propugnadores de este mismo origen de los arios, aunque con diferentes criterios acerca de la región euro-

opinión se han invocado, únicas por otra parte que cabe presentar acerca de un punto á un mismo tiempo histórico, antropológico y lingüístico, cuya distancia de nosotros le hace inaccesible á nuestra investigación, y hace aparezca rodeado de las más densas tinieblas. Datos antropológicos, datos glotológicos y arqueológicos, harto incompletos y deficientes constituyen el fondo común de razonamientos en la materia, interpretados según la variedad de criterios parciales que caben en la cuestión, y favorecidos éstos á su vez y fomentados por la vaguedad misma de los medios de prueba que se emplean. Si á esto se añaden las frecuentes confusiones, ora en el planteamiento del problema, ora en cuanto al valor y extensión de las argumentaciones aducidas, y los frecuentes tránsitos del orden lingüístico al antropológico ó viceversa, con más las arbitrariedades de exposición para legitimar las conclusiones que se intenten, tendremos explicado por qué reina tanta oscuridad en esa controversia, y el caos se acrecienta á medida que se multiplican tendencias y opiniones que se suceden en estéril abundancia sin conclusiones en manera alguna definitivas.

Tomando, pues, á nuestro propósito el camino que creemos más conducente, habremos de resumir aquí nuestras peculiares

---

pea que fué su cuna (son las corrientes principales en esto la norteeuropea y la este-europea), aparecen, entre otros, Benfey (*Gesch. d. Sprachwiss.*, y *Wörterbuch d. indog. Grundsprache* de Fick); Spiegel, (*Eranische Altertumskunde*); Fritz Müller (*Allgemeine Ethnographie*); Fligier (*Mittheil. d. Wiener anthr. Gesellsch.* VI); Tomaschek (*Zeitschrift für osterr. Gymnasien* XXIX); Koeppen (*Beiträge zur Frage d. Urekimat*, etc.); Taylor (*Le orig. des Aryas*, trad. fr.); Schrader (*Reallexikon der indog. Altertums.*) Geiger (*Zur Entwicklungsgesch. d. Menschheit*); Cuno (*Forsch im Gebiete d. alt. Volkerkunde*); Bezenberger (*Deutsche Literaturzeitung*, 1892); Streitberg (*Die Urheimat d. Indogerm-Frank. Zeit.* 1893); Hirt (*Die Urkeimat d. Indogerm-Indog. Forschungen*, I), etc. Entre los más modernos merece ser leído el concienzudo libro de De Michelis *L'origine degli Indo-Europei* (1903). Sobre la historia de este punto controvertido, véase además de Taylor, ob. cit., Spiegel, *Die arische Periode*, y Reinach, *L'origine des Aryens*. Pero cualquiera que sea la región, del norte, del este, ó de la zona media del continente, sobre lo cual hay poca seguridad en las demostraciones, es para nosotros lo más cierto que Europa es la verdadera cuna de los arios, según veremos en el curso de este capítulo.



apreciaciones, tratando de deslindar convenientemente los aspectos varios de la cuestión debatida:

1.º Hemos de comenzar estableciendo que el calificativo de *Indo-europeo* no es en manera alguna denominación étnica de valor antropológico; ninguna de las clasificaciones formuladas por la Antropología coincide ni conviene á la llamada familia indo-europea, y es tan múltiple la variedad de tipos comprendidos en ella, que á primera vista aparece antropológicamente absurdo todo intento de reducción en aquel sentido. Tomando, en efecto, la raza blanca en su totalidad para dicha concordancia, desde luego se nos ofrecen al lado de los indo-europeos, los camitas, semitas y también algunos pueblos turanios; y si nos limitamos á cualquiera de las subdivisiones generalmente admitidas (1) de dicha raza total, lejos de obviar el inconveniente se multiplica; pues mientras de una parte cada una de estas mismas subdivisiones se alarga y extiende más allá de los indo-europeos, de la otra no los comprende á todos ellos, sino una porción más ó menos restringida de los mismos. Es decir, que antropológicamente está la familia indo-europea enlazada con otros pueblos de familia glotológica completamente distinta, y al mismo tiempo están glotológicamente unidos en aquella familia variedades antropológicas de gentes diversas.

(1) Aludimos á las ramas antropológicas secundarias, cuya determinación, por otra parte, no ofrece estabilidad histórica, ni tampoco hay, como es sabido, unidad de criterio sobre el punto de partida de las clasificaciones, que uno es para Morton, otro para Huxley, diverso para F. Müller y Hæckel, etc. Refiriéndose á los cambios en esto, escribe De Micheli (*L'origine degli I. E.*): "La classificazione morfologica degli uomini ha mutato col volger degli anni e col cangiar dei criteri: così, per restare entro i limiti della stirpe bianca, a cui appartengono gli Ari, *Homo europæus* di Linneo divienne *Homo caucasicus* di Blumenbach, poi la razza ortocéfala e ortognata di Retzius, poi la mediterranea lissotrica ed euplocama di Müller e di Hæckel, poi l'euraficana di Brinton e l'euraficana-eurasica di Sergi, etc.; e vi si sono distinti tipi bruni e tipi biondi, tipi a cranio allungato e tipi a cranio rotondo, in modo da crearvi replicatamente divisioni e subdivisioni, etc." Es esto de tener en cuenta, así como la aparición simultánea de estos tipos mezclados, y la transición hoy reconocida de una á otra dentro de algunas variedades (como entre braquicéfalos y doliocéfalos) para poder apreciar justamente las conclusiones antropológicas.

Si intentamos hacer una distribución de los pueblos europeos atendiendo la variedad típica de la forma cranial, hallamos braquicéfalos y doliocéfalos, con todas sus variantes, hablando lenguaje indo-europeo; si los clasificamos por el color blanco, moreno, etc., encontramos la familia indo-europea extendida sin hacer excepción de tales variedades, desde el Mediterráneo hasta la Escandinavia, y desde el Atlántico hasta los montes Urales; si los dividimos según las nacionalidades, tendremos el mismo resultado; y cualquiera que sea el fraccionamiento que se eligiere, habrá siempre de resultar que toda clasificación es incompleta para designar el grupo que conocemos con el nombre de *Indo-europeo*, de no partir de la unidad glotológica que le es característica.

La clasificación, pues, de *familia indo-europea*, es una clasificación exclusivamente lingüística, que sirve de norma para reunir los diversos pueblos y razas que hablan idiomas emparentados conocidamente, bajo una denominación común. Por eso al hablar de civilización indo-europea, de religión indo-europea, etc., no debe entenderse otra cosa, ni debiera nunca habersele dado otro sentido, que el de civilización, religión, etcétera, de *pueblos que hablan lengua indo-europea*. Por esto mismo los pueblos de Europa que no hablan lengua perteneciente á dicha familia, cualesquiera que sean sus vínculos antropológicos con los demás del mismo continente, no son pueblos indo-europeos, por muy acostumbrados que estemos á verlos designados como tales, de igual suerte que no pueden decirse indo-europeos los que hablaron idiomas hoy extinguidos no reducibles á la familia aria.

2.º Puesto que con el nombre de pueblos indo-europeos no se designa un grupo antropológico dado, sino una agrupación glotológica independientemente de la variedad de tipos humanos que puedan integrarla, es evidente que la cuestión de los orígenes indo-europeos está mal propuesta y será necesariamente mal resuelta siempre que, como hacen no pocos escritores, de la lengua se trate de deducir la estirpe y de establecer sobre aquella la raza, reduciendo malamente la *personalidad lingüística* á la *personalidad antropológica*. En la misma falta de lógica incurren los historiadores y arqueólogos que del lenguaje indo-europeo deducen el origen indo-europeo de la civi-



lización del mismo nombre como consecuencia necesaria, cual si no pudiera adquirirse una lengua sin una civilización, ó no pudiera ésta ser importada ó producida sin aquella en un pueblo dado. El *panarismo* doctrinal que se impuso en Europa hasta nuestros días como explicación legítima de toda nuestra primitiva vida histórica, gratuita é ilógicamente propuesto y admitido, tiene su base en ese encadenamiento de conclusiones fundadas en una entidad que sólo en orden al tipo lingüístico deja de ser ilusoria. La cuestión ventilada y presentada conforme á lo dicho dentro de sus legítimos límites, redúcese á averiguar en virtud de qué causas, independientes siempre de la raza como tal, los indios, eranos, griegos, celtas, germanos, eslavos é italos, vienen á la historia en posesión de lenguas que son de común origen.

3.º Estudiando la unidad indo-europea en su legítimo sentido, esto es, en cuanto unidad glotológica, descubrimosla por la afinidad de las lenguas, como ramas de un tronco común. Y por cuanto el parentesco lingüístico, como hemos dicho en otro lugar, no consiste sino en la relación existente entre las evoluciones de un lenguaje en un tiempo dado con el estado del mismo en una época anterior, el grupo de idiomas indo-europeos, como diversidades de evolución dialectal de un precedente histórico, deben reducirse lógicamente á un tipo común que cualquiera que fuese su forma y carácter, constituya centro relativamente primario en virtud del cual han venido á existir las variantes que á través de los siglos aparecen hoy en uso. Según esto, tendremos una *lengua primera* (cuya naturaleza no es menester determinar ahora) como realidad histórica, precedente necesario de las etapas lingüísticas posteriores. Y como el lenguaje no tiene otra existencia real y propia que la que le dan los que lo hablan, á la lengua relativamente primera debe corresponder una *sociedad primera* en el mismo sentido, cualquiera que sea la raza ó razas que la hayan formado; de igual suerte, esta sociedad de habla indo-europea, por consecuencia de su ser histórico, hubo de existir en *un territorio dado*, y en *un tiempo* también determinado. O sea, es necesario reconocer una *patria primitiva* del núcleo primero lingüístico indo-europeo, un *tiempo primitivo* correspondiente á dicho núcleo social y lingüístico, y, lo que es consecuencia de todo ello, un estado

primitivo social en orden á la cultura. Es lo que los alemanes, de una manera breve y expresiva, dicen: *Ursprache, Urvolk, Urheimat, Urzeit* y *Urkultur*; *lengua primera, pueblo primero, territorio primero, cultura primera*.

4.º En virtud de lo expuesto, y al proponerse la cuestión de *si existen arios* propiamente tales, debe decirse: si por *arios* se quiere designar un tipo de personalidad antropológica determinada, no existen en la actualidad, ni probablemente han existido nunca, ya que esta denominación extraña á toda calificación antropológica, pudo muy bien convenir al pueblo ario primitivo, sin que éste fuese de una sola raza, como hoy se aplica á pueblos de razas diversas. No existen, pues, *arios de raza*. Si por *arios* se entienden los que hablan lenguaje ario, hallamos los arios en Europa y Asia desde la antigüedad más remota. Existen, pues, *arios de lengua*.

Mas porque se dan arios en el lenguaje en Europa y Asia, se ha tratado de investigar cuáles entre éstos son los que han importado las lenguas arias, y cuáles los que las han aprendido, ó sea cuáles sean los arios legítimos y cuáles los *arianizados*, sin reparar bastante en que en ambos continentes pueden darse *arios* y *arianizados*, y en que los mismos importadores del lenguaje ario, sea cualquiera de dichos continentes el punto de donde provengan, pudieran no ser los legítimos arios, lo cual tendría lugar con que resultase el primitivo centro de expansión aria fuera de ambos, como pretenden los que colocan en Africa dicho centro. Y henos aquí con el problema de la patria primitiva de los arios, el *Urheimat*, el más importante dato para determinar las condiciones del *Urvolk*, con el cual viene á enlazarse la cuestión consiguiente del *Urzeit*, y por medio de todo ello llegar al esclarecimiento del *Ursprache* y *Urkultur* como puntos complementarios.

5.º Desde luego la tradición asiática, reuniendo de antiguo los sufragios de filólogos, antropólogos é historiadores, fué consiguientemente acumulando en su favor argumentos glotológicos y antropológicos, datos arqueológicos é histórico-tradicionales, que parecían garantizar la solidez de aquella opinión. Pero el hecho mismo de que la opinión del origen europeo de los arios pueda utilizar en provecho propio gran



parte de los medios de prueba alegados por la opinión asiática, bastaría á hacer dudosa cuando menos la eficacia de tales argumentos, que de suyo no son ciertamente invulnerables, ni en muchos casos concluyentes.

La cuestión antropológica es el punto de partida en que han venido á situarse los contendientes tratando de esclarecer cual tipo de raza humana sea el de los protoarios, y si éstos han de decirse pertenecientes al tipo *braquicéfalo* ó al *dolicocéfalo* (1), para establecer sobre las respectivas procedencias de estas dos razas las conclusiones relativas á la procedencia de los indo-europeos. Colocado el problema en este terreno, las soluciones fueron múltiples y tan variadas como combinaciones caben en la materia, decidiéndose unos por la prioridad de la raza dolicocéfala, otros por la de la braquicéfala, prescindiendo algunos de la prioridad de las razas y reconociendo que ambas tienen representación aria desde los tiempos más antiguos, ó admitiendo que dolicocéfalos y braquicéfalos contribuyeron á la producción del lenguaje ario, por más que no de igual modo hayan luego contribuido á difundirlo. Y es de notar que en esta diversidad de opiniones, nadie se ha creído obligado, como consecuencia de ellas, á abandonar la doctrina del origen

(1) Son estas denominaciones, como es sabido, correspondientes á las dos formas craneales extremas: 1.º *Cráneo largo*, (cráneo *dolicocéfalo*). 2.º *Cráneo corto*, (cráneo *braquicéfalo*). Retzius considera dolicocéfala la forma del cráneo, cuyo diámetro longitudinal está con el transversal en la relación de 100: 75; y la denomina braquicéfala cuando dicha relación es de 100: 80 próximamente. Por combinación de tipos faciales con estos dos craneales, formó Retzius cuatro tipos craneales, que no es menester traer aquí, así como por combinación de éstos con el color de la piel, resultan otras combinaciones, que tampoco hacen á nuestro propósito. Lo que conviene notar es que este sistema craniológico, aunque muy extendido, no da una *característica* bien definida, ya porque se dan ejemplos de transición no discutibles, cualesquiera que sean las preocupaciones de algunos antropólogos en contrario, ya porque gran parte de la humanidad se halla en un término medio entre los dos extremos señalados de dolicocéfalos y braquicéfalos. Por esto, después de Broca y Welcker, ha venido á intercalarse el grupo de los *mesocéfalos* entre aquellos extremos, lo que hace disminuir el valor de la clasificación aludida, é impide grandemente el éxito de especulaciones acerca de la región de los arios.

asiático de los arios, como á ninguno de los partidarios de su origen europeo hubieron de impedir aquellas el sustentar sus creencias. Sin embargo, la opinión de los que identifican los arios primitivos con los braquicéfalos, ó por lo menos hacen á los braquicéfalos principales instrumentos de la difusión del lenguaje ario en Europa, ha venido á ser decididamente representante del centro expansivo *asiático*, mientras la que en igual sentido da la preferencia á los dolicocéfalos, vino á representar la doctrina opuesta, ó sea la doctrina del origen europeo del tronco ario. Y es por esto porque en la historia del problema ario encontramos que los sostenedores de la hipótesis asiática aparecen preocupándose decididamente de cimentar su doctrina sobre la primacía de los braquicéfalos en Europa, mientras, por el contrario, sus adversarios, juzgan no poder sostener convenientemente la hipótesis europea, sin rechazar la primacía de aquel tipo antropológico.

De aquí proceden las dos direcciones contrapuestas que dan origen á dos escuelas antropológicas en la materia. Una que atribuyendo á los protoarios el tipo dolicocéfalo, por este sólo hecho establece y busca en Europa su asiento primitivo; otra que dándole tipo braquicéfalo, va por esta razón á buscar al Asia el origen de los arios. Esto, no obstante, como se ha advertido ya, una y otra escuela convienen en la distribución de las manifestaciones paleontológicas europeas y asiáticas, y las divergencias no comienzan hasta que se trata de resolver históricamente el predominio de raza á los efectos lingüísticos consabidos. Todos, pues, reconocen una Europa cuaternaria habitada por el tipo de los dolicocéfalos, que aparece desde la época más antigua formando dos variedades, una la del tipo europeo del norte, y otra la del tipo europeo del sur. Reconocen igualmente unos y otros que la raza braquicéfala tiene su punto de partida en Asia. Todos admiten que desde la época neolítica elementos braquicéfalos y dolicocéfalos comienzan á mezclarse, y aquellos van extendiéndose en medio de éstos en zonas determinadas; que los dolicocéfalos sudeuropeos no constituyen un grupo ario, sino arianizado, mientras los del norte se mezclaron en infiltraciones braquicéfalas posteriores múltiples y correspondientes á varias épocas. Resta, pues, determinar si la aparición del tronco ario ha de hacerse